

H. G. Wells
El país de los ciegos

TRADUCCIÓN DE JAVIER CALVO



«Y Núñez se encontró a sí mismo intentando explicar el ancho mundo del que había caído, el cielo y las montañas, la visión y otros prodigios como aquellos ... Y ellos se negaron a creer o a entender nada de lo que les dijo ... Ni siquiera comprendieron muchas de sus palabras. Durante catorce generaciones, aquella gente había estado ciega y aislada del mundo de los videntes. Los nombres de las cosas alusivas a la visión se habían olvidado y habían cambiado».



H. G. Wells

El país de los ciegos

ePub r1.0

AlNoah 05.11.13

Título original: *The Country of the Blind*

H. G. Wells, 1904

Traducción: Javier Calvo

Diseño de portada: Editorial

Editor digital: AlNoah

ePub base r1.0



A casi quinientos kilómetros del Chimborazo, a ciento sesenta de las nieves del Cotopaxi, en los yermos más agrestes de los Andes ecuatorianos, se extiende un misterioso valle montañoso, aislado del mundo de los hombres, que llaman el País de los Ciegos. Hace muchos años el valle era lo bastante accesible como para que los hombres pudieran llegar a él salvando vertiginosos desfiladeros y cruzando un puerto de montaña helado hasta llegar a sus prados templados. Y así es como llegó allí una familia de mestizos peruanos que huía de la lujuria y la tiranía de un malvado gobernador español. Fue entonces cuando se produjo el tremendo estallido del Mindobamba, que hizo caer la noche sobre Quito durante diecisiete días y provocó que hirvieran las aguas del Yaguachi y que todos los peces flotaran muertos hasta Guayaquil. Por toda la Vertiente Occidental hubo corrimientos de tierras, deshielos repentinos e inundaciones inesperadas, y todo un lado de la cima del viejo Arauca se desprendió y cayó con estruendo, dejando el País de los Ciegos fuera del alcance de las exploraciones de los hombres. Y resultó que uno de aquellos primeros colonos estaba por casualidad al otro lado de los desfiladeros cuando el mundo experimentó aquel terrible temblor, de modo que se vio obligado a olvidarse de su mujer, de su hijo y de todos los amigos y posesiones que había dejado allí arriba, para empezar una nueva vida en el mundo de abajo. Y empezó de nuevo, sí, pero enfermo. Se quedó ciego y murió por culpa de las terribles condiciones de trabajo en las minas. Pero la historia que contó generó una leyenda que todavía hoy sobrevive a lo largo de las Cordilleras de los Andes.

Y lo que contó fue la razón por la que se había alejado de aquel refugio, al que llegó de niño, atado a una llama junto a un fardo enorme lleno de utensilios. El valle, dijo, estaba provisto de todo lo

que el corazón de un hombre podía desear: agua dulce, pastos e incluso buen tiempo, laderas de rica tierra marrón con matas de un arbusto que daba una fruta excelente y, en una de sus vertientes, enormes bosques de pinos que mantenían a raya los aludes. En lo alto, en tres de sus vertientes, se erguían gigantescos precipicios de roca verdegrís rematados por riscos de hielo. Y las lenguas del glaciar no llegaban hasta ellos, sino que discurrían por las laderas más alejadas, y solamente de vez en cuando caían enormes masas de hielo por un costado del valle. Allí nunca llovía ni nevaba, pero los abundantes arroyos se extendían por toda la superficie del valle irrigando unos fecundos pastos verdes. Y a los colonos les fue bien allí, ciertamente. Sus animales medraron y se multiplicaron, y solamente una cosa empañó su felicidad, aunque bastó para empañarla enormemente. Sobre ellos se cernió una extraña enfermedad que hizo que todos los niños que nacían allí —y también algunos niños mayores— se quedaran ciegos. Y fue en busca de algún amuleto o antídoto contra aquella plaga de ceguera que el viajero había cruzado de vuelta los desfiladeros exponiéndose a la fatiga, los peligros y las dificultades. En aquella época, y en aquella clase de situaciones, los hombres no pensaban en gérmenes ni en infecciones, sino en pecados. Y a él le parecía que la razón de aquella desgracia debía de encontrarse en el hecho de que aquellos emigrantes desprovistos de sacerdotes no habían construido un santuario nada más entrar en el valle. Él quería que en el valle se construyera un santuario, modesto pero eficaz. Quería reliquias y otros poderosos artefactos de la fe, objetos bendecidos y misteriosas medallas y oraciones. En su cartera llevaba un lingote de plata nativa cuyo origen no quiso explicar. Insistió en que en el valle no había nada de aquello, con esa insistencia típica de los mentirosos inexpertos. Los colonos habían reunido todo su dinero y sus joyas, a fin de conseguir ayuda divina contra sus males, pues, según les dijo, allí arriba aquellos tesoros no les servían de nada. Me imagino a aquel joven montañés de ojos nublados, quemado por el sol, demacrado y nervioso, agarrando el ala de su sombrero con gesto febril, un hombre ajeno a las costumbres de aquel mundo inferior, contándole aquella historia a algún sacerdote atento y de mirada amable antes de la gran convulsión. Me imagino su anhelo

por regresar provisto de remedios píos e infalibles contra la enfermedad, y la desesperación infinita con que debió de afrontar la visión del inmenso derrumbamiento que cerraba el paso situado donde un día habían estado los desfiladeros. Pero el resto de su historia de infortunios lo desconozco, salvo el dato de su muerte espantosa varios años después. ¡Pobre exiliado de su tierra recóndita! El arroyo que antaño había formado los desfiladeros ahora brotaba de la entrada de una caverna rocosa, y la leyenda que creó la historia rudimentaria de aquel viajero se convirtió en la leyenda de una raza de gente ciega que vivía «allí arriba», leyenda que todavía se puede oír en la actualidad.

Entre la escasa población de aquel valle ya incomunicado y olvidado la enfermedad siguió su curso. Los viejos perdieron la vista y empezaron a andar a tientas, los jóvenes veían muy poco y los niños que nacían de ellos jamás pudieron ver nada. Pero la vida era muy fácil en aquella cuenca rodeada de nieve, sin contacto con el mundo, sin zarzas ni espinos, sin insectos malvados ni otras bestias que el amable rebaño de llamas que los colonos habían traído tirando de ellas, empujándolas por los lechos de los ríos hundidos en los desfiladeros por los que habían venido. Los que podían ver fueron perdiendo la vista de forma tan gradual que apenas notaron su pérdida. Se dedicaron a guiar a los jóvenes invidentes a un lado y a otro del valle, hasta que conocieron a la perfección todos sus secretos, y cuando por fin no quedó uno solo de entre ellos que pudiera ver, la raza continuó viviendo. Incluso tuvieron tiempo de adaptarse a la manipulación a ciegas del fuego, que encendían cuidadosamente en hornos de piedra. Al principio, habían sido un grupo de gente humilde, analfabeta, apenas rozada por la civilización española, aunque provista de vestigios de la tradición de las artes del Perú antiguo y de su filosofía perdida. Las generaciones se sucedieron. Los colonos olvidaron muchas cosas e inventaron otras. Su recuerdo del mundo exterior, del que procedían, se volvió vago y adquirió tintes míticos. Era una gente fuerte y capaz en todos los aspectos, salvo en el de la visión. Y pronto los azares del nacimiento y la herencia pusieron entre ellos a uno que tenía una mente original y que era capaz de hablar y de persuadirlos, y luego a otro. Aquellos dos pasaron a mejor vida,

aunque dejaron huella, y la pequeña comunidad creció en población y en entendimiento, y afrontó y resolvió los problemas sociales y económicos que fueron surgiendo. Se sucedieron las generaciones y llegó un momento en que nació un niño separado por quince generaciones de aquel antepasado que abandonó el valle con un lingote de plata en busca de la ayuda de Dios y que no regresó jamás. Y sucedió entonces que un hombre llegó a aquella comunidad procedente del mundo exterior. Y ésta es la historia de ese hombre.

Se trataba de un montañero de la comarca de Quito, un hombre que había salido al mar y había visto mundo, un gran lector lleno de curiosidad, un hombre agudo y emprendedor. Un grupo de ingleses que habían venido a Ecuador a hacer escalada lo contrató para que sustituyera a uno de sus tres guías suizos, que había caído enfermo. Así, montaña tras montaña, escalaron hasta que intentaron el ascenso del Parascotepetl, el Matterhorn de los Andes, y el hombre se perdió a todos los efectos. La historia del accidente se ha escrito una docena de veces. La mejor versión del episodio es la de Pointer. Nos cuenta Pointer que el grupo llevó a cabo su difícil y casi vertical ascenso hasta los pies del último y más grande precipicio, que entonces construyeron un refugio para pasar la noche en medio de la nieve sobre un pequeño peñasco, y con un toque de verdadero poder dramático, añade que al cabo de poco descubrieron que Núñez no estaba con ellos. Lo llamaron a gritos y no obtuvieron respuesta. Gritaron y silbaron, y ya no pegaron ojo durante el resto de la noche.

Con las primeras luces del alba, vieron las huellas de su caída. Parecía imposible que no hubieran oído ruido alguno. Había resbalado hacia el este, en dirección al lado desconocido de la montaña. Mucho más abajo, una abrupta ladera nevada había detenido su caída y luego el hombre había seguido deslizándose hacia abajo en medio de una avalancha de nieve. Su rastro continuaba hasta el borde de un aterrador precipicio, y más allá del mismo no se veía nada. Mucho, mucho más abajo, en un punto difuminado a causa de la distancia, pudieron ver árboles que se elevaban en un valle estrecho y cerrado, el País perdido de los Ciegos. Pero ellos no sabían que era el País perdido de los Ciegos, ni

tampoco pudieron distinguirlo en absoluto de ninguna otra franja estrecha de valle montañoso. Turbados por la desgracia, abandonaron las tareas de rescate por la tarde, y antes de poder intentarlo otra vez Pointer fue llamado a servir en la guerra. Todavía hoy el Parascotepetl sigue sin coronar, y el refugio de Pointer languidece deshabitado entre las nieves.

Y el hombre que había caído sobrevivió.

Al acabarse la ladera, cayó unos trescientos metros y aterrizó, en medio de una nube de nieve, sobre otra ladera nevada todavía más abrupta que la de arriba. Y cayó rodando por ella, aturdido e insensible, pero sin un solo hueso roto, y así llegó a pendientes más suaves, y por fin dejó de rodar y permaneció inmóvil, sepultado en medio de un cúmulo de la nieve semiderretida que lo había acompañado y le había salvado la vida. Recobró el conocimiento con la vaga sensación de estar enfermo y en cama. Luego su experiencia de montañero le hizo tomar conciencia de su situación, de manera que empezó a abrirse camino entre la nieve y, tras un momento de descanso, logró salir a la superficie y ver las estrellas. Se quedó un rato tumbado boca abajo, preguntándose dónde estaba y qué le había pasado. Examinó sus brazos y piernas, y descubrió que había perdido varios botones y que tenía la chaqueta por encima de la cabeza. Le había saltado el cuchillo del bolsillo y tampoco tenía ya el sombrero, a pesar de que lo llevaba atado por debajo de la barbilla. Recordó que había estado buscando piedras para levantar su parte de la pared del refugio. El piolet también había desaparecido.

Imaginó que había perdido pie y que se había precipitado montaña abajo, y levantó la vista para hacerse una idea de la tremenda caída libre que había protagonizado, exagerada ahora por la luz fantasmal de la luna que ascendía por el cielo. Pasó un rato tumbado, mirando con cara inexpresiva aquella enorme mole blanquecina que se cernía sobre su cabeza y asomaba por momentos de debajo de una marea menguante de oscuridad. Su belleza fantasmagórica y misteriosa lo cautivó durante un buen rato y después fue presa de un paroxismo de carcajadas y sollozos.

Tras un largo intervalo de tiempo, se dio cuenta de que estaba cerca del borde inferior de la nieve. Más abajo, al final de lo que

ahora era una pendiente practicable iluminada por la luna, divisó un contorno oscuro e irregular de hierba salteada de rocas. Se incorporó con esfuerzo, con todos los miembros y articulaciones doloridos, y se alejó con dificultad de la nieve que tenía amontonada alrededor. Descendió hasta alcanzar la hierba y, una vez allí, se dejó caer junto a una roca de gran tamaño, dio un trago largo a la petaca que llevaba en el bolsillo interior y se quedó dormido al instante.

Lo despertó el canto de los pájaros en los árboles de más abajo.

Se incorporó y vio que estaba en un pequeño barranco al pie de un gigantesco precipicio, donde todavía podía verse el surco que habían trazado en su caída él y el cúmulo de nieve que lo acompañaba. Justo delante se levantaba contra el cielo otra pared de piedra. El desfiladero que quedaba entre ambos precipicios se extendía hacia el este y el oeste y estaba bañado por el sol de la mañana, que proyectaba hacia poniente su luz sobre la montaña de rocas desprendidas que bloqueaba el desfiladero hundido. Por debajo de él parecía abrirse un precipicio igual de abrupto, pero detrás de la nieve del surco encontró una especie de abertura parecida a una chimenea por la que un hombre desesperado podía aventurarse. Le resultó más fácil de lo que había creído en un principio, y así llegó a otro barranco desolado, y tras trepar por unas rocas que no presentaban ninguna dificultad especial, llegó a una ladera poblada de árboles. Cogió sus cosas y se volvió hacia el desfiladero, pues vio que desembocaba en unos pastos verdes entre los cuales pudo vislumbrar ahora con claridad un grupo de cabañas de piedra construidas en un estilo desconocido. En algunas partes, la dificultad del ascenso era similar a la de escalar por una pared de roca; al cabo de un rato, el sol naciente dejó de iluminar el desfiladero, los cantos de los pájaros se apagaron y el aire que lo rodeaba se volvió frío y oscuro. Pero el valle lejano con sus casas parecía todavía más luminoso. Por fin llegó a un talud, y se fijó — pues era un hombre observador— en que entre las rocas había un helecho insólito que parecía agarrar las grietas con unas manos verdes y fuertes. Cogió un par de frondas, se puso a masticar sus tallos y aquello le reconfortó un poco.

Hacia el mediodía salió por fin de la garganta del desfiladero a

la planicie y a la luz del sol. Estaba agotado y dolorido. Se sentó a la sombra de una roca, llenó su petaca de agua de un manantial y bebió. Antes de continuar hacia las casas, descansó un rato.

Aquellas construcciones le resultaron muy extrañas, y ciertamente todo el aspecto de aquel valle, a medida que lo iba observando, le fue pareciendo insólito, totalmente distinto a cuanto él conocía. La mayor parte de su superficie estaba cubierta de exuberantes praderas verdes, tachonadas de flores hermosas que parecían haber sido regadas con un cuidado extraordinario y plantadas de forma sistemática, una a una. Había una muralla alta que rodeaba el perímetro del valle y también algo parecido a un canal circular de agua. De aquel canal procedían los hilos de agua que regaban las plantas de la pradera, y en las laderas altas que dominaban la misma había rebaños de llamas alimentándose de la vegetación poco abundante. Pegados a la muralla circundante podían verse una serie de cobertizos diseminados que parecían refugios para las llamas. Los arroyos de irrigación confluían en un canal principal en el centro del valle, que avanzaba flanqueado por dos muros que llegaban hasta el pecho. Aquello le daba un aspecto singularmente urbano a aquel lugar aislado, impresión que se acentuaba por el hecho de que una serie de caminos pavimentados con piedras negras y blancas, cada uno con una especie de curiosa acera de pequeño tamaño al lado, iban de un lado para otro formando una parrilla ordenada. Las casas del poblado central no se parecían en nada a las aglomeraciones espontáneas y desordenadas de las aldeas que él conocía en las montañas. Formaban hileras simétricas a ambos lados de una calle central asombrosamente limpia. De vez en cuando, se abría una puerta en medio de sus fachadas multicolores, pero ni una sola ventana interrumpía la superficie continua de sus paredes. Las casas eran multicolores y de una forma curiosamente irregular, pues estaban embadurnadas de una especie de yeso que a veces era gris, a veces de color pardusco y a veces de color pizarra o marrón oscuro. Y fue la imagen de aquel remozado descabellado lo que primero despertó la idea de la ceguera en la mente del explorador. «El buen hombre que hizo eso —pensó— debía de estar más ciego que un topo».

Descendió por una cuesta que lo llevó hasta la muralla y el canal

que recorrían el valle, cerca de donde este último vertía su excedente de agua en las profundidades del desfiladero formando una cascada que era poco más que un hilo escaso y tembloroso de agua. Pudo ver entonces a varios hombres y mujeres descansando sobre unos montones apilados de hierba, como si durmieran la siesta, en la parte más alejada de la pradera, y más cerca del pueblo a varios niños tumbados, y más cerca todavía a tres hombres que transportaban baldes y yugos por un caminito que discurría desde la muralla circular hasta las casas. Estos últimos iban vestidos con ropa de lana de llama y botas y cinturones de cuero, y llevaban gorros de tela con orejeras y ala trasera. Iban uno detrás de otro en fila india, caminando despacio y bostezando mientras andaban, como hombres que han pasado la noche en blanco. En su porte había algo tan tranquilizadamente próspero y respetable que, tras un momento de vacilación, Núñez se inclinó hacia delante sobre la roca en que estaba, intentando llamar la atención, y soltó un fuerte grito que arrancó ecos por todo el valle.

Los tres hombres se detuvieron y movieron las cabezas como si estuvieran mirando a su alrededor. Volvieron la cabeza a un lado y a otro, y Núñez gesticuló ampliamente. Sin embargo, a pesar de todos sus gestos, ellos no parecieron verlo, y al cabo de un rato, dirigiéndose hacia las montañas que quedaban más a la derecha, se pusieron a gritar como si trataran de responder. Núñez gritó una vez más, y otra, y mientras hacía señales sin ningún resultado, la idea de la ceguera volvió a su mente. «Esos desgraciados deben de estar ciegos».

Cuando por fin, después de muchos gritos iracundos, Núñez tomó un pequeño puente que vadeaba el arroyo, cruzó una puerta abierta en la muralla y se acercó a ellos, no le quedó duda de que estaban ciegos. Ni de que aquel sitio era el País de los Ciegos del que hablaban las leyendas. Había brotado en él la certeza, y junto a la misma una sensación de aventura fantástica y envidiable. Los tres hombres permanecían uno junto al otro, sin mirarlo, aunque dirigían hacia él sus oídos y lo examinaban mediante el ruido de sus pasos poco familiares. Estaban muy juntos y parecían asustados, y vio que tenían los párpados cerrados y hundidos, como si se les hubieran marchitado los globos oculares. En las caras tenían una

expresión cercana al respeto reverencial.

—Un hombre —dijo uno de ellos en un español apenas reconocible—. Es un hombre, o tal vez un espíritu, que ha venido de las rocas.

Pero Núñez avanzó con los pasos confiados de un joven que acaba de entrar en la vida. Todas las viejas historias del valle perdido y del País de los Ciegos le volvieron a la mente, y mezclado entre sus pensamientos discurría un viejo proverbio, como el estribillo de una canción:

«En el País de los Ciegos, el tuerto es el rey».

«En el País de los Ciegos, el tuerto es el rey».

Y con mucha cortesía los saludó. Habló con ellos y los miró atentamente.

—¿De dónde viene el hombre, hermano Pedro? —preguntó uno.

—Viene de las rocas.

—Vengo de las montañas —dijo Núñez—, de la tierra que hay más allá, donde los hombres pueden ver. De cerca de Bogotá, donde hay cientos de miles de personas y donde la ciudad se extiende más allá de lo que abarca la vista.

—¿La vista? —murmuró Pedro—. ¿La vista?

—Viene —dijo el segundo ciego— de las rocas.

Núñez vio que la tela de sus chaquetas estaba fabricada de forma curiosa y que en cada una se había usado un tipo de costura distinto.

Entonces lo sobresaltaron acercándose a él de forma simultánea, con las manos extendidas. Él retrocedió para apartarse del avance de aquellos dedos extendidos.

—Acércate —dijo el tercer ciego, siguiendo sus movimientos y agarrándolo con habilidad.

A continuación, sujetaron a Núñez y se dedicaron a palparlo, y no dijeron ni una palabra más hasta que hubieron terminado.

—Con cuidado —exclamó él, al notar un dedo en el ojo, y descubrió que aquel órgano, con sus párpados móviles, les resultaba extraño a aquellos hombres, que no paraban de toquetearlo.

—Qué extraña criatura, Correa —dijo el que se llamaba Pedro—. Mira qué tosco es su pelo. Parece el pelaje de una llama.

—Tosco es, como las rocas que lo han alumbrado —dijo Correa,

palpando la barbilla sin afeitar de Núñez con una mano suave y ligeramente húmeda—. Tal vez pueda afinarse. —Núñez forcejeó un poco bajo sus manos, pero ellos lo sujetaron con firmeza.

—Con cuidado —dijo otra vez.

—Habla —dijo el tercer hombre—. Está claro que es un hombre.

—¡Ay! —dijo Pedro al palpar la aspereza de su chaqueta—. ¿Y has venido al mundo? —le preguntó Pedro.

—*Vengo* del mundo. Cruzando montañas y glaciares. Desde allí arriba, a medio camino del sol. Del mundo inmenso que se extiende por debajo, a doce días de distancia del mar.

Ellos no parecieron prestarle atención:

—Nuestros padres nos han dicho que las fuerzas de la naturaleza pueden crear hombres —dijo Correa—. El calor de las cosas y la humedad y la putrefacción. La putrefacción.

—Llevémoslo con los ancianos —dijo Pedro.

—Primero gritad —dijo Correa— para que no se asusten los niños. Éste es un momento maravilloso.

Así que gritaron, y Pedro se puso en cabeza y cogió a Núñez de la mano para llevarlo a las casas.

Él apartó la mano.

—Puedo ver —dijo.

—¿Ver? —dijo Correa.

—Sí, ver —dijo Núñez, volviéndose hacia él y tropezando con el balde que llevaba Pedro.

—Sus sentidos todavía son imperfectos —dijo el tercer ciego—. Tropieza y dice palabras sin significado. Cogedlo de la mano.

—Como queráis —dijo Núñez, y se dejó llevar, riendo.

Parecía que no sabían nada de la visión.

Bueno, ya se lo enseñaría a su debido tiempo.

Oyó a gente gritar y vio que una serie de figuras se reunían en la calle central del poblado.

Descubrió que aquel primer encuentro con la población del País de los Ciegos ponía a prueba sus nervios y su paciencia más de lo que había imaginado. El lugar parecía más grande ahora que lo veía de cerca, las manchas de yeso resultaban más extrañas todavía y una multitud de niños, hombres y mujeres (le agradó percibir que algunas de las chicas y las mujeres tenían caras bastante bonitas a

pesar de los ojos cerrados y hundidos) se acercaron a él, agarrándolo, palpándolo con manos suaves y sensibles, oliéndolo y escuchando todo lo que decía. Algunas de las muchachas y las criaturas, sin embargo, se mantuvieron apartadas, como si tuvieran miedo, y ciertamente su voz resultaba tosca y brusca en comparación con los timbres más suaves de ellos. Lo estaban asediando. Sus tres guías se mantenían a su lado con ademanes de propietarios y no paraban de decir: «Un hombre salvaje venido de las rocas».

—De Bogotá —decía él—. De Bogotá. Más allá de las cordilleras.

—Un hombre salvaje, que usa palabras salvajes —dijo Pedro—. ¿Habéis oído eso? Bogotá. Su mente apenas está formada. Todavía está aprendiendo a hablar.

Un niño le pellizcó la mano.

—¡Bogotá! —dijo en tono de burla.

—¡Ay! Bogotá es una gran ciudad comparada con vuestro poblado. Vengo del mundo exterior, donde los hombres tienen ojos y ven.

—Se llama Bogotá —dijeron.

—Ha tropezado —dijo Correa—. Ha tropezado dos veces mientras lo traíamos.

—Llévadlo con los ancianos.

Y sin más preámbulos, lo empujaron por una puerta a una habitación oscura como la boca de un lobo, salvo por un fuego que brillaba tenue al fondo. La multitud se agolpó detrás de su espalda y tapó casi por completo la luz del día, y antes de poder frenar su avance, Núñez cayó de cabeza sobre los pies de un hombre sentado. Su brazo, extendido, también golpeó la cara de alguien al caer. Sintió el impacto de los rasgos blandos de alguien, oyó un grito de rabia y durante un momento forcejeó con un montón de manos que lo agarraban. Fue una pelea en una sola dirección. Por fin cobró conciencia de la situación y se quedó quieto.

—Me he caído —dijo—. No veo nada de tan oscuro que está esto.

Se hizo el silencio, como si la gente invisible que estaba con él intentara entender sus palabras. Luego la voz de Correa dijo:

—Es una persona recién formada. Tropieza al andar y mezcla

palabras que no significan nada con lo que dice.

Otras personas dijeron más cosas sobre él que no oyó bien o no entendió.

—¿Puedo incorporarme? —dijo, después de una pausa—. No volveré a forcejear.

Lo consultaron y le dejaron levantarse.

La voz de uno de los ancianos le empezó a interrogar, y Núñez se encontró a sí mismo intentando explicar el ancho mundo del que había caído, el cielo y las montañas, la visión y otros prodigios como aquéllos, al grupo de ancianos que permanecían sentados en la oscuridad en el País de los Ciegos. Y ellos se negaron a creer o entender nada de lo que les dijo, algo que él no había esperado. Ni siquiera comprendieron muchas de sus palabras. Durante catorce generaciones, aquella gente había estado ciega y aislada del mundo de los videntes. Los nombres de todas las cosas alusivas a la visión se habían olvidado y habían cambiado. La historia del mundo exterior se había difuminado hasta convertirse en un cuento para niños. Y por fin había dejado de importarles todo lo que hubiera más allá de las laderas de piedra que se elevaban al otro lado de la muralla que los rodeaba. Entre ellos habían surgido hombres ciegos llenos de ingenio que cuestionaron los restos de fe y de tradición que habían traído consigo de sus días como videntes, y aquellos hombres desdeñaron todas aquellas cosas como fantasías caprichosas y las reemplazaron por explicaciones nuevas y más sensatas. Gran parte de su imaginación se había marchitado junto con sus ojos, y luego habían construido imaginaciones nuevas a la medida de sus cada vez más sensibles oídos y yemas dactilares. Lentamente, Núñez se dio cuenta de una cosa: el asombro y la reverencia que esperaba que aquella gente mostrara ante su origen y sus dones no iban a producirse. Y después de que su pobre intento de explicarles la visión hubiera sido desdeñado como el relato confuso de un ser recién creado que intentaba describir sus sensaciones incoherentes, acabó por resignarse, un poco decepcionado, a escuchar sus instrucciones. El más anciano de los ciegos le explicó la vida, la filosofía y la religión, y le contó que el mundo (es decir, su valle) había sido primero una hondonada vacía entre las rocas, y que luego habían aparecido en primer lugar las

cosas inanimadas que carecían del don del tacto, luego las llamas y otras pocas criaturas que tenían poco entendimiento, luego los hombres y por fin los ángeles, a los que se oía cantar y batir las alas, pero a quienes nadie podía tocar, algo que desconcertó mucho a Núñez hasta que se dio cuenta de que podía referirse a los pájaros.

El anciano siguió contándole a Núñez que el tiempo había sido dividido en calor y frío, que son los equivalentes ciegos del día y la noche, y que era bueno dormir durante el calor y trabajar durante el frío, de forma que ahora, si no fuera por su llegada, todo el poblado de los ciegos estaría durmiendo. Dijo que Núñez debía de haber sido creado especialmente para entender la sabiduría que ellos habían adquirido y para servirles, y que a pesar de toda su incoherencia mental y sus tropezones tenía que ser valiente y hacer lo posible por aprender. Al oír aquello toda la gente que estaba en la puerta emitió murmullos de aprobación. Dijo que la noche — porque los ciegos llaman noche a su día— ya estaba tocando a su fin, y que ahora todos debían irse a dormir. Le preguntó a Núñez si sabía dormir y Núñez dijo que sí, pero que antes de dormir quería comer.

Le trajeron comida —leche de llama en un cuenco y un pan salado y toscó— y lo llevaron a un sitio apartado para que comiera donde ellos no pudieran oírlo, luego se marcharon a dormir hasta que el frío del anochecer en el valle los despertara y marcara el inicio de su nueva jornada. Pero Núñez fue incapaz de dormir.

En lugar de eso, se quedó sentado en el mismo sitio donde lo habían dejado, descansando brazos y piernas y dándole vueltas y más vueltas en la cabeza a las circunstancias imprevistas de su llegada.

De vez en cuando se reía, a veces divertido y a veces indignado.

—¡Mente sin formar! —dijo—. ¡Conque no tengo sentidos! No imaginan que han estado insultando a su rey y amo enviado por el cielo. Ya veo que me veré obligado a hacerles entrar en razón. Tengo que pensar, tengo que pensar.

Seguía pensando cuando se puso el sol.

Núñez tenía buena vista para las cosas bellas, y le pareció que el resplandor sobre los prados nevados y los glaciares que se elevaban en todas direcciones sobre el valle era lo más hermoso que jamás

había visto. Su mirada pasó de aquella gloria inaccesible al poblado y a los campos de riego, que se estaban sumiendo rápidamente en el crepúsculo, y por fin lo embargó una oleada repentina de emoción y dio gracias a Dios desde lo más hondo de su corazón porque le hubiera sido dado el poder de la visión.

Oyó que lo llamaba una voz desde el poblado.

—¡Eh, Bogotá! ¡Ven, acércate!

Al oír aquello se puso de pie, sonriente. Les iba a enseñar de una vez por todas a aquella gente lo que la vista podía hacer por un hombre. Lo buscarían, pero no podrían encontrarlo.

—No te muevas, Bogotá —dijo la voz.

Él se rió en silencio y se apartó con sigilo del camino.

—No pises la hierba, Bogotá. No está permitido.

Núñez apenas había oído el ruido que acababa de hacer. Se detuvo, asombrado.

El propietario de la voz llegó corriendo hasta donde él estaba por el camino de baldosas blancas y negras.

Núñez regresó al camino.

—Aquí estoy —dijo.

—¿Por qué no has venido cuando te he llamado? —dijo el ciego—. ¿Es que tengo que llevarte como a un niño? ¿No oyes el camino cuando andas?

Núñez se rió.

—Lo veo —dijo.

—No existe la palabra «veo» —dijo el ciego después de una pausa—. Déjate de locuras y sigue el ruido de mis pies.

Núñez lo siguió, un poco molesto.

—Ya llegará mi hora —dijo.

—Aprenderás —respondió el ciego—. El mundo está lleno de cosas que aprender.

—¿Es que nadie te ha dicho que «En el país de los ciegos el tuerto es el rey»?

—¿Qué quiere decir «ciegos»? —preguntó el ciego en tono distraído y sin mirar atrás.

Pasaron cuatro días y el quinto encontró al Rey de los Ciegos todavía de incógnito, como un extraño torpe e inútil entre sus súbditos.

Descubrió que resultaba mucho más difícil de lo que había supuesto proclamarse rey a sí mismo, y entretanto, mientras meditaba su golpe de Estado, se dedicó a hacer lo que le decían y a aprender los modales y las costumbres del País de los Ciegos. Trabajar y vivir de noche le resultaba particularmente irritante, así que decidió que aquélla sería una de las primeras cosas que cambiaría.

Aquella gente llevaba una vida sencilla y laboriosa, con todos los elementos de la virtud y la felicidad tal como éstas pueden ser entendidas por los hombres. Se esforzaban, pero no más de lo necesario. Tenían suficiente comida y ropa para vivir holgadamente. Disfrutaban de días y temporadas de descanso. Valoraban mucho la música y las canciones. Y entre ellos había amor y criaturas.

Resultaba maravillosa la confianza y precisión con que se movían por su mundo tan ordenado. Todo estaba ideado para ajustarse a sus necesidades. Cada uno de los senderos radiales que recorrían el valle mantenía un ángulo constante con los demás y se distinguía por unas muescas especiales en su acera. Hacía mucho tiempo que se había eliminado todo obstáculo o irregularidad de los caminos o del prado. Todos sus métodos y procedimientos derivaban naturalmente de sus necesidades especiales. Sus sentidos se habían vuelto prodigiosamente agudos. Eran capaces de oír y analizar el más pequeño gesto de un hombre a una docena de pasos de distancia: podían oír incluso los latidos de su corazón. Entre ellos hacía mucho tiempo que la entonación había reemplazado a las expresiones faciales y el contacto físico a los gestos, y su trabajo con la azada, la pala y la horca era tan libre y seguro como el trabajo de cualquier hortelano. Su sentido del olfato era extraordinariamente agudo. Podían distinguir las diferencias individuales en la misma medida que los perros, y se ocupaban de las llamas, que vivían entre las rocas altas y bajaban a la muralla en busca de comida y refugio, con facilidad y confianza. No fue hasta que por fin intentó hacerse valer cuando descubrió toda la facilidad y la confianza con que eran capaces de moverse.

Se rebeló solamente después de intentar la persuasión.

Al principio, hizo varios intentos de hablarles de la visión.

—Escuchadme, gente —les decía—, hay cosas de mí que no entendéis.

En un par de ocasiones, uno o dos de ellos le escucharon. Se sentaron con la cabeza gacha, en un gesto de paciente inteligencia, y dirigieron toda su atención hacia él, y él hizo lo que pudo para contarles lo que era ver. Entre quienes le escucharon había una chica que tenía los párpados menos rojos y hundidos que los de los demás, de forma que casi daba la impresión de que estaba escondiendo sus ojos, y a ella tenía más ganas de convencerla que a nadie. Les habló de los placeres de la visión, de contemplar las montañas, el cielo y la salida del sol, y ellos lo oyeron con una incredulidad divertida que pronto se volvió condenatoria. Le dijeron que estaba claro que las montañas no existían, sino que el final de las rocas donde pastaban las llamas era el final del mundo. Que de allí arrancaba la bóveda de la caverna del universo, de la que caían el rocío y los aludes. Y cuando él afirmó con contundencia que el mundo no tenía ni el final ni el techo que ellos creían, le dijeron que sus pensamientos eran malignos. Las descripciones que él les hizo del cielo, las nubes y las estrellas evocaron en sus mentes un vacío espantoso, una ausencia terrible en lugar del liso techo en el que ellos creían: entre ellos era artículo de fe que el techo de la caverna resultaba exquisitamente liso al tacto. Vio que en cierto sentido los estaba escandalizando, y renunció por completo a aquel aspecto de la cuestión para enseñarles el valor práctico de la vista. Una mañana, vio a Pedro dirigiéndose a las casas centrales por el camino llamado Diecisiete, aunque todavía demasiado lejos para que nadie lo oyera o lo oliera, y, se lo dijo a los demás. «Dentro de un momento —profetizó—, Pedro estará aquí». Un anciano comentó que Pedro no tenía nada que hacer en el camino Diecisiete, y como si quisiera confirmar la aseveración del anciano, aquél dobló una esquina y se empezó a alejar transversalmente por el camino número Diez, dirigiéndose con paso ágil hacia la pared exterior. Los demás se burlaron de Núñez cuando Pedro no llegó, y más tarde, cuando Núñez interrogó a Pedro para solventar la cuestión, éste lo negó todo y le plantó cara, y más tarde se mostró hostil con él.

Luego intentó persuadirlos para que lo dejaran subir un trecho por los prados hasta la muralla con una persona bien dispuesta, y

prometió describirle a ésta todo lo que pasara entre las casas. Él percibía sus idas y venidas, pero las únicas cosas que parecían importar a aquella gente —las únicas cosas que elegían para ponerle a prueba— tenían lugar dentro o detrás de sus casas sin ventanas, y lógicamente él no podía ver aquellas cosas ni decir nada de ellas. Fue después del fracaso de aquel intento, tras las burlas que ellos no pudieron reprimir, cuando recurrió a la fuerza. Se le ocurrió agarrar una pala y derribar a golpes a un par de ellos para demostrar la ventaja de tener ojos en un combate justo, y fue entonces cuando descubrió que le resultaba imposible golpear a un ciego a sangre fría.

Vaciló y comprobó que todos se habían dado cuenta de que había agarrado la pala.

Estaban alertas, con las cabezas inclinadas a un lado y los oídos orientados en su dirección para averiguar qué iba a hacer a continuación.

—Deja esa pala —le dijo uno, y él sintió una especie de horror impotente. Estuvo a punto de obedecer.

Luego empujó a otro hacia atrás contra la pared de una casa y echó a correr hasta salir del poblado.

Cruzó uno de los prados de punta a punta, dejando un rastro de hierba pisoteada detrás de sí, y por fin se sentó junto al margen de uno de los caminos. Notaba algo de esa excitación que sienten todos los hombres al principio de una pelea, pero al mismo tiempo se sentía perplejo. Empezó a darse cuenta de que ni siquiera se puede pelear felizmente con criaturas que siguen una lógica mental distinta a la de uno. A lo lejos vio a un grupo de hombres salir de la calle donde estaban las casas armados con palas y palos y avanzar hacia él en una línea cada vez más amplia por los distintos caminos.

Avanzaban despacio, hablando a menudo entre ellos, y de vez en cuando todo el cordón se paraba para olisquear el aire y escuchar.

La primera vez que hicieron aquello, Núñez se rió. Pero ya no volvió a reírse.

Uno de ellos encontró su rastro en la hierba de la pradera y empezó a avanzar encorvado y palpando la hierba pisada.

Él se pasó cinco minutos observando el lento avance del cordón, hasta que por fin su débil inclinación a hacer algo de inmediato se

volvió frenética. Se puso de pie, dio un par de pasos hacia la muralla circular, dio la vuelta y retrocedió un poco. Allí estaban todos, en formación de media luna, quietos y escuchando.

Él también se quedó quieto, agarrando la pala con fuerza con las dos manos. ¿Debería tal vez cargar contra ellos?

La sangre le latía en los oídos al ritmo de la frase «En el país de los ciegos, el tuerto es el rey».

¿Debería cargar contra ellos?

Miró la muralla alta e imposible de escalar que tenía a su espalda, imposible de escalar por culpa de la superficie lisa de yeso, y sin embargo provista de muchas puertecitas, y luego volvió a observar la línea cada vez más cercana de rastreadores. Detrás de ellos había más hombres saliendo ahora de la calle de las casas.

¿Debería cargar contra ellos?

—¡Bogotá! —lo llamó uno—. ¡Bogotá! ¿Dónde estás?

Él agarró su pala con más fuerza y avanzó por los prados hacia la zona habitada, y nada más moverse ellos lo rodearon. «Si me tocan los mato —se juró a sí mismo—. Por Dios que lo haré. Golpearé». Y en voz alta exclamó:

—Escuchadme. Voy a hacer lo que quiera en este valle. ¿Me oís? ¡Voy a hacer lo que quiera y voy a ir adonde quiera!

Se estaban acercando a él deprisa, andando a tientas pero aun así con rapidez. Era como jugar a la gallina ciega salvo por el hecho de que en este caso todo el mundo tenía los ojos vendados excepto uno.

—¡Cogedlo! —gritó uno, y Núñez se encontró de repente en el centro de una curva abierta de perseguidores. Sintió que debía pasar a la acción de forma resuelta.

—No lo entendéis —exclamó con una voz que intentaba ser grandiosa y firme pero que le falló—. Vosotros estáis ciegos y yo puedo ver. ¡Dejadme en paz!

—¡Bogotá! Deja esa pala y sal de la hierba.

Aquella última orden, grotesca por su cercanía a la civilización, produjo en él un estallido de furia:

—Os voy a hacer daño —dijo, sollozando—. Por Dios bendito, os voy a hacer daño. ¡Dejadme en paz!

Echó a correr sin saber muy bien adonde. Corrió para alejarse

del ciego que más cerca estaba de él, puesto que golpearlo le parecía algo horrible. Se detuvo e intentó zafarse de las filas que se cerraban en torno a él. Se dirigió hacia un punto en que se abría un hueco lo bastante amplio, pero los hombres que estaban a los lados del mismo percibieron rápidamente la dirección de sus pasos y le cerraron el paso. Él se abalanzó hacia delante, vio que lo iban a coger y ¡fuup!, dio un golpe con la pala. Sintió el impacto blando contra una mano y un brazo, y el hombre se desplomó con un aullido de dolor, dejándolo pasar.

¡Y pasó! Y entonces volvió a estar cerca de la calle de las casas, y más ciegos armados con estacas y palas corrían ahora de un lado para otro maniobrando con una sorprendente sincronización.

Oyó pasos a su espalda justo a tiempo, y vio que un hombre alto se abalanzaba sobre él con los brazos extendidos, guiado por el ruido. Perdió los nervios, tiró la pala a un metro de su adversario, giró sobre sus talones y huyó. A punto estuvo de gritar mientras eludía a otro.

Ahora era presa del pánico. Corrió con furia de un lado a otro, esquivando cuando no hacía falta esquivar y tropezando por culpa de su ansia por mirar en todas direcciones a la vez. Ellos habían oído su caída y él permaneció un instante en el suelo. Más allá, una de las puertecitas de la muralla circular le pareció el paraíso y echó a correr hacia ella con toda su energía. Ni siquiera miró a sus perseguidores. Llegó hasta la puerta, cruzó el puente dando tumbos, trepó un trecho entre las rocas para sorpresa y aflicción de una joven llama, que se alejó de allí dando brincos, y se tumbó a sollozar y a recobrar el aliento.

Y así es como terminó su golpe de Estado.

Pasó dos días y dos noches al otro lado de la muralla del valle de los Ciegos sin comida ni techo y meditando sobre lo inesperado. Durante aquellas meditaciones, se repitió a sí mismo con mucha frecuencia y siempre con una nota más profunda de sarcasmo el desgastado proverbio: «En el país de los ciegos el tuerto es el rey». Se dedicó a pensar principalmente en formas de combatir y conquistar a aquella gente, y poco a poco le fue quedando claro que no había ninguna forma plausible de hacerlo. No tenía armas y ahora le resultaría difícil conseguir una.

El cáncer de la civilización le había asaltado incluso en Bogotá, y ahora no tenía entrañas para asesinar a un hombre ciego. Por supuesto, si lo hacía, podría establecer luego los términos de la amenaza de asesinarlos a todos. Pero tarde o temprano tendría que dormir...

Intentó encontrar comida entre los pinos y ponerse cómodo bajo sus ramas, mientras la noche llenaba el bosque de escarcha. También trató, con menos confianza, de tender una trampa a una llama para poder matarla —tal vez a golpes con una piedra— y comer su carne. Pero las llamas no confiaban en él, lo miraban con unos ojos pardos llenos de recelo y piafaban cuando se les acercaba. Al segundo día le dominó el miedo y le entraron temblores. Al final, decidió bajar hasta la muralla del País de los Ciegos para intentar hacer las paces. Reptó junto al arroyo, gritando, hasta que dos ciegos aparecieron por una de las puertas y hablaron con él.

—Estaba loco —dijo—. Pero es porque acababa de ser creado.

Ellos le dijeron que aquello estaba mejor.

Él les dijo que ahora era más sabio y que se arrepentía de todo lo que había hecho.

Luego lloró sin querer, porque había enfermado y estaba muy débil, y ellos consideraron aquello como una señal favorable.

Le preguntaron si todavía podía «ver».

—No —dijo él—. Eso fue una locura. Esa palabra no significa nada. ¡Menos que nada!

Ellos le preguntaron qué había por encima de sus cabezas.

—A unas diez veces diez veces la altura de un hombre hay un techo sobre el mundo, un techo de roca muy, muy liso —volvió a estallar en un llanto histérico—. ¡Antes de hacerme más preguntas, dadme de comer o moriré!

Él esperaba castigos terribles, pero resultó que aquellos ciegos eran capaces de mostrar tolerancia. Consideraron su rebelión una simple prueba más de su idiotez y su inferioridad congénitas y, después de azotarlo, le adjudicaron las tareas más toscas y pesadas que tenían por hacer y él, como no veía otra forma de subsistir, hizo obedientemente lo que le decían.

Había estado unos días enfermo y ellos le habían cuidado amablemente. Aquello refinó su sumisión. Pero ellos insistieron en

que yaciera a oscuras y aquello le causó una gran tristeza. Luego vinieron filósofos ciegos, le hablaron de la frivolidad maligna de su mente y le reprendieron por sus dudas acerca de la tapa de piedra que cubría su cacerola cósmica, de una forma tan rotunda que a punto estuvo él de plantearse si acaso no era víctima de una alucinación que le impedía verla en lo alto.

Y así es como Núñez se convirtió en ciudadano del País de los Ciegos, y aquella gente dejó de ser para él un simple colectivo y se convirtieron en individuos familiares a medida que el mundo de más allá de las montañas se iba volviendo más y más remoto e irreal. Estaba Yacob, su amo, un hombre amable cuando no lo hacían enfadar. Estaba Pedro, el sobrino de Yacob. Y estaba Medina-saroté, que era la hija pequeña de Yacob. Se trataba de una chica poco apreciada en el mundo de los ciegos porque tenía unos rasgos excesivamente marcados y carecía de aquella lisura reluciente y satisfactoria que era el ideal de belleza femenina de los ciegos. Pero a Núñez le pareció hermosa desde el principio, y con el tiempo le acabó pareciendo la cosa más hermosa del mundo. Sus párpados cerrados no estaban rojos ni hundidos como era común en el valle, sino que parecía que pudieran abrirse en cualquier momento. Tenía largas pestañas, que se consideraban una deformidad grave. Y su voz era fuerte y no agradaba al agudo oído de los mozos del valle. Así que no tenía quien la quisiera.

Hubo una época en que Núñez pensó que si la podía conquistar no le importaría vivir en el valle durante el resto de sus días.

La estuvo observando. Buscó oportunidades para hacerle pequeños servicios y por fin pudo comprobar que ella le prestaba atención. Una vez, en una reunión durante un día de descanso, estuvieron sentados el uno junto al otro bajo la tenue luz de las estrellas. La música que sonaba era dulce. Él puso su mano sobre la de ella y se atrevió a cogérsela. Ella le devolvió la presión con ternura. Y un día, mientras estaban comiendo en la oscuridad, él notó que la mano de ella lo buscaba con suavidad. Por pura casualidad el fuego soltó una llamarada en aquel preciso momento, y él pudo ver el cariño en la cara de ella.

Núñez intentó hablar con ella.

Fue a verla un día cuando estaba sentada hilando bajo la luna

estival. La luz le daba a la joven un aura de plata y misterio. Él se sentó a sus pies y le dijo que la amaba y le contó lo bella que era a sus ojos. Su voz estaba llena de amor, hablaba con una reverencia tierna que rayaba en la fascinación, y ella nunca había sido adorada por nadie. La joven no le dio ninguna respuesta definitiva, pero estaba claro que sus palabras le habían agradado.

Después de aquello hablaba con ella siempre que tenía oportunidad. El valle se convirtió para él en el mundo, y el mundo de más allá de las montañas donde los hombres vivían bajo la luz del sol no le parecía más que un cuento de hadas que algún día le contaría a Medina-saroté. Con mucha timidez y de forma vacilante le habló de la visión.

A ella la visión le pareció la más poética de las fantasías, y escuchó su descripción de las estrellas y las montañas y de su propia belleza iluminada por la luna como si todo aquello no fuera más que un inocente pecado. No lo creyó, y apenas lo pudo entender, pero se sintió misteriosamente complacida y a él le dio la impresión de que lo entendía todo.

El amor de él perdió en fascinación y ganó en valentía. Al final quiso pedirla en matrimonio a Yacob y a los ancianos, pero a ella le entró el miedo y empezó a postergar el momento de la petición de mano. Y fue una de las hermanas mayores de ella la que le contó a Yacob que Medina-saroté y Núñez estaban enamorados.

Desde el principio hubo una gran oposición a la boda de Núñez y Medina-saroté. No tanto porque la tuvieran a ella en alta estima como porque a él lo tenían marginado como a una criatura idiota e incompetente que no alcanzaba el nivel exigible en un hombre. Las hermanas de ella se opusieron con furia arguyendo que aquella boda los desacreditaría a todos. Y el viejo Yacob, aunque había llegado a apreciar en cierta manera a su torpe y obediente siervo, negó con la cabeza y dijo que aquello no era posible. A los jóvenes les enfurecía la idea de corromper la raza, y uno de ellos llegó al extremo de vilipendiar y golpear a Núñez. Él devolvió el golpe, y por primera vez pudo aprovecharse de la vista, aun a pesar del crepúsculo, y después de aquella pelea nadie volvió a levantar una mano contra él. Pero seguían considerando imposible aquel matrimonio.

El viejo Yacob le tenía cariño a su hija menor, y le dolía tenerla llorando en su hombro.

—Pero hija mía, es un idiota. Tiene alucinaciones. No sabe hacer nada a derechas.

—Lo sé —lloró Medina-saroté—. Pero está mejor que antes. Ha progresado. Y es fuerte, padre querido, y amable. Más fuerte y amable que ningún otro hombre en el mundo. Y me quiere. Y padre, yo también le quiero.

Al viejo Yacob le afligió mucho verla tan inconsolable, y además —lo cual le afligía más todavía—, Núñez le caía bien por muchas razones. Así que fue y se sentó en el consejo sin ventanas con el resto de ancianos y prestó atención al decurso de la conversación y en el momento apropiado dijo:

—Ha progresado. Y es muy probable que llegue el día en que tenga tanto juicio como nosotros.

Después de aquello uno de los ancianos, que pensaba con gran profundidad, tuvo una idea. Era el médico más ilustre del pueblo, el curandero, estaba provisto de una mente muy filosófica y creativa, y la idea de curar a Núñez de sus anormalidades le resultaba atractiva. Un día, mientras Yacob estaba presente, volvió sobre el tema de Núñez.

—He examinado a Bogotá —dijo—. Y me parece un caso claro. Creo que es probable que podamos curarlo.

—En eso he confiado yo siempre —dijo el viejo Yacob.

—Tiene el cerebro afectado —dijo el médico ciego.

Los ancianos emitieron murmullos de aprobación.

—¿Y *qué* es lo que le afecta?

—¡Ajá! —dijo el viejo Yacob.

—¡*Esto!* —dijo el médico, respondiendo a su propia pregunta—. Esas cosas extrañas llamadas ojos, que existen para causar una cavidad suave y agradable en la cara, están enfermas en el caso de Bogotá hasta el punto de afectarle al cerebro. Los tiene muy distendidos, tiene pestañas y los párpados se le mueven, de forma que tiene el cerebro en un estado de constante irritación y destrucción.

—¿Ah, sí? —dijo el viejo Yacob—. ¿Sí?

—Y creo poder decir con certeza razonable que, para curarlo del

todo, lo único que hace falta es una simple y fácil operación quirúrgica. A saber: extraer esos cuerpos irritantes.

—¿Y entonces recobrará el juicio?

—Entonces lo recobrará por completo y será un ciudadano admirable.

—¡Gracias a Dios por la ciencia! —dijo el viejo Yacob, y se dirigió de inmediato a hablarle a Núñez de aquella feliz esperanza.

Pero la forma en que Núñez recibió aquella buena noticia le resultó al anciano fría y decepcionante.

—Da la impresión —dijo—, por el tono de tu voz, que no te importa mi hija.

Fue Medina-saroté la que convenció a Núñez de que se pusiera en manos de los cirujanos ciegos.

—¿Es que *tú* quieres —le dijo él— que pierda el don de la visión?

Ella negó con la cabeza.

—La visión lo es todo para mí.

Ella agachó más la cabeza.

—Existen cosas hermosas, todas las pequeñas cosas hermosas: las flores, los líquenes de entre las rocas, la ligereza y la suavidad de un trozo de piel, el cielo lejano con las nubes a la deriva. Y estás *tú*. Porque solamente por ti ya vale la pena ver las cosas, ver tu cara dulce y serena, tus labios amables, tus hermosas y queridas manos unidas... Son estos ojos míos los que tú te has ganado, son los mismos ojos que me atraen hacia ti lo que esos idiotas quieren. Y lo que ahora me pides es que te toque y te oiga pero no vuelva a verte. Que me ponga bajo ese techo de piedra y roca y oscuridad, ese techo horrible bajo el que vuestra imaginación camina encorvada... No, no querrás que haga eso, ¿verdad?

En su seno había brotado una duda nada agradable. Se detuvo y dejó la pregunta en el aire.

—Me gustaría —dijo ella—. A veces... —se detuvo.

—¿Sí? —dijo él, con cierta aprensión.

—A veces me gustaría que no hablaras así.

—¿Así cómo?

—Sé que es bonito, y es tu imaginación. Y me encanta, pero *ahora...*

Él sintió frío.

—¿*Ahora*? —dijo él en voz baja.

Ella permaneció sentada, sin moverse.

—¿Quieres decir que tú crees...? ¿Que tal vez estaría mejor...?

Se estaba dando cuenta rápidamente de la situación. Estaba furioso, ciertamente, furioso por el siniestro rumbo de las cosas, pero también sentía lástima por la falta de comprensión de ella, una lástima que bordeaba la compasión.

—*Querida* —dijo, y pudo ver en su palidez la intensidad con que el espíritu de ella luchaba contra las cosas que no podía decir. La rodeó con los brazos, le besó la oreja y permanecieron un rato sentados en silencio.

—¿Y si yo aceptara hacerlo? —dijo por fin, en tono amable.

Ella le dio un abrazo, llorando desesperadamente.

—¡Oh, ojalá consintieras! —dijo entre sollozos—. ¡Ojalá consintieras!

En toda la semana previa a la operación que iba a ascenderlo de su servidumbre y su inferioridad al nivel de ciudadano ciego, Núñez no durmió ni un minuto. Durante todas las horas de sol, mientras los demás dormían felices, permaneció sentado meditando o bien deambulando sin rumbo, intentando concentrarse en su dilema. Había dado su respuesta, había dado su consentimiento y seguía sin estar seguro. Y por fin se terminaron los días de trabajo, un sol esplendoroso se elevó por encima de las cordilleras doradas y empezó para él su último día de visión. Tenía ahora unos pocos minutos con Medina-saroté antes de separarse para ir a dormir.

—Mañana —dijo—. Ya no veré.

—¡Cariño! —contestó ella, y le cogió las manos con toda su fuerza—. Solamente te dolerá un poco —dijo ella—. Y todo ese dolor, cariño, lo estarás sufriendo por *mí*... Cariño, si el amor y la vida de una mujer pueden compensarte, yo te compensaré. Amor mío, mi amado de la voz tierna, yo te compensaré.

Él estaba abrumado de lástima por sí mismo y por ella.

La cogió en brazos, la besó en los labios y admiró su dulce rostro por última vez.

—¡Adiós! —le susurró a aquella amada imagen—. ¡Adiós!

Y luego se alejó de ella en silencio.

Ella oyó cómo se alejaban lentamente sus pasos y algo en el ritmo de éstos le hizo echarse a llorar apasionadamente.

Él tenía la intención de ir a algún sitio solitario donde los prados estuvieran engalanados de narcisos blancos y quedarse allí hasta que llegara la hora de su sacrificio, pero mientras andaba en aquella dirección levantó la vista y vio la mañana, la mañana que le hizo pensar en un ángel ataviado con una armadura dorada, descendiendo por la ladera...

Le dio la impresión de que, ante aquel esplendor, tanto él como aquel mundo ciego del valle, y en definitiva también su amor, no eran más que una sima pecaminosa.

No dio media vuelta tal como había previsto en un principio, sino que continuó adelante, atravesó la muralla circular y salió a las rocas, y durante todo aquel tiempo su mirada estuvo puesta en el hielo y la nieve iluminados por el sol.

Vio su belleza infinita y su imaginación voló hasta las cosas que había más allá y a las que ahora iba a renunciar para siempre.

Y pensó en aquel mundo enorme y libre del que había partido un día, el mundo al que él pertenecía, y tuvo una visión de aquellas laderas distantes, cada vez más lejos, y en la media distancia se erguía la hermosa Bogotá, un lugar de belleza conmovedora y multitudinaria, una gloria de día y un misterio luminoso de noche, un lugar de palacios, fuentes, estatuas y casas blancas.

Y pensó que se tardaba más o menos un día en emprender el descenso por puertos de montaña y que de aquella forma estaría más cerca de sus calles y vías públicas atestadas. Pensó en el viaje fluvial, día a día, desde la gran Bogotá hasta el mundo todavía más grande que se extendía más allá, cruzando pueblos y aldeas, bosques y yermos, día a día por el río torrencial, hasta que sus márgenes se separaran, aparecieran chapoteando los enormes barcos a vapor y pudiera llegar al mar. El mar sin límites, con su millar de islas, con sus millares de islas, y con sus embarcaciones vagamente dibujadas a lo lejos en sus viajes incesantes de un confín al otro del ancho mundo. Y allí se podía ver el cielo, un cielo no confinado por las montañas, no el círculo que uno veía aquí en el

valle, sino una bóveda azul inconmensurable, una profundidad sin límites en la que flotaba el carrusel de las estrellas.

Escrutó el telón enorme de las montañas aguzando la mirada.

Por ejemplo, si uno subía por aquel barranco y por aquella chimenea, tal vez podría salir entre aquellos pinos raquíuticos que crecían por allí formando una especie de cornisa que se elevaba más y más al pasar por encima del desfiladero. ¿Y después? Aquel talud podía salvarse. Desde allí tal vez pudiera encontrarse una forma de escalar que lo llevara hasta el precipicio que se abría debajo de la nieve. Y si aquella chimenea le fallaba, tal vez alguna otra situada más al este pudiera servir a su propósito. ¿Y después? Después se encontraría en la nieve iluminada por la luz de color ámbar y a medio camino de aquella cordillera de yermos hermosos.

Miró por encima del hombro en dirección al poblado y luego se giró para contemplarlo mejor.

Pensó en Medina-saroté y descubrió que se había vuelto pequeña y lejana.

Se volvió de nuevo hacia la pared montañosa por la que había descendido hasta él la luz del día.

Y emprendió el ascenso con mucha cautela.

Al caer el sol ya no seguía escalando, sino que se encontraba en lo alto. Había estado más arriba, pero no mucho más. Tenía la ropa rota, los brazos y las piernas ensangrentados y contusiones por todas partes, pero estaba tumbado como si reposara y en su cara había una sonrisa.

Desde donde estaba tumbado, el valle entero parecía encontrarse en un foso y casi a una milla por debajo. Su imagen ya estaba medio empañada por la niebla y las sombras, aunque las cimas de las montañas que lo rodeaban resplandecían como si estuvieran en llamas y los pequeños detalles de las rocas cercanas se veían bañados de una belleza sutil: una vena de mineral verdoso incrustado en el gris, el destello ocasional de las facetas del cristal y un líquen delicadamente hermoso al lado de su cara. Había sombras

profundas y misteriosas en el desfiladero, sombras azules que se teñían de púrpura y del púrpura pasaban a una oscuridad luminosa, y en lo alto estaba la inmensidad sin límites del cielo. Pero él ya no hacía caso de aquellas cosas, sino que permanecía sin hacer nada, sonriente como si estuviera ya satisfecho por el mero hecho de haber escapado de aquel Valle de los Ciegos en el que había creído ser rey.

El resplandor del crepúsculo se desvaneció y cayó la noche, y él permanecía acostado, contento y en paz bajo las frías estrellas.